

XXXVI

La vizcondesa de la Estorade á la baronesa de Macumer

Querida mía: Inexplicable fué nuestro asombro cuando, al almorzar, nos dijeron que os habíais marchado, y sobre todo cuando el postillón que os llevó á Marsella me entregó tu loca carta. Pero, mala, más que mala, ¡si no se trataba más que de tu dicha en aquellas conversaciones al pie de la roca, en el *banco de Luisa!* ¡Qué mal has hecho en juzgarlas de ese modo! ¡Ingrata! te condeno á volver aquí á mi primera llamada. En esta odiosa carta, garrapateada sobre un papel de posada, no me dices en donde te detendrás, y por lo tanto me veo obligada á dirigirte la contestación á Chantepleurs.

Escúchame, querida hermana de elección, y sabe, ante todo, que deseo tu felicidad. Tu marido, Luisa mía, tiene no sé qué profundidad de alma y de pensamiento que impone tanto como su gravedad natural y como su noble apostura; además, tiene en su graciosa fealdad y en sus aterciopelados ojos un poder verdaderamente majestuoso, por lo cual necesitó algún tiempo antes de establecer esa familiaridad sin la cual es difícil observarse á fondo. Como ese hombre ha sido primer ministro y te adora como á Dios, tenía que disimularlo profundamente; y, para ir á sacar secretos del fondo de ese diplomático y bajo las rocas de su corazón, tenía que desplegar tanta habilidad como astucia; pero, sin que nuestro hombre lo sospechase, acabé por descubrir muchas cosas en las que mi nena no ha caído. De nosotras dos, yo soy la razón y tú la imaginación, yo soy el deber grave y tú el amor loco; este contraste de espíritu que existía entre las dos ha querido continuar la suerte en nuestros destinos. Yo soy una humilde vizcondesa campesina, que debe llevar á su familia por una vía de prosperidad, mientras que el mundo sabe que Macumer es ex duque de Soria y que, duquesa de derecho, reinas en ese París, donde es tan difícil á todo el mundo, aún á los reyes, reinar. Tienes una hermosa fortuna que Macumer va á doblar, si realiza sus proyectos de explotación en sus inmensos dominios de Cerdeña, cuyos recursos son muy

conocidos en Marsella. Confiesa, pues, que si á alguna de las dos le tocase estar celosa, sería á mí. Pero, demos gracias á Dios que nos ha dotado á ambas de un corazón bastante noble para que esté por encima de esas vulgaridades. Te conozco y sé que estás avergonzada de haberte marchado. A pesar de tu huida, no dejaré de decirte ninguna de las palabras que habías de oirme hoy junto á la roca. Lee esta carta con atención, te lo suplico, pues se trata más bien de ti que de Macumer, aunque no olvido á éste en mi moral. En primer lugar, nena mía, te diré que no le amas. Antes de dos años te cansarás de esa adoración. No verás nunca en Felipe un marido, sino un amante, de quien te burlarás á tu gusto, como hacen con el amante todas las mujeres. No, Felipe no te impone, y tú no sientes por él ese profundo respeto, esa ternura llena de temor que una verdadera amante siente por aquel á quien ella considera como un Dios. ¡Ah! yo he entendido bien el amor, ángel mío, y he introducido más de una vez la sonda en los abismos de mi corazón. Después de haberte examinado, puedo repetirte: tú no le amas. Si, querida reina de París, lo mismo que las reinas, llegará un día en que desearás ser tratada como una modistilla y arrastrada por un hombre fuerte que, en lugar de adorarte, sepa amartarte el brazo cogiéndote con rabia en medio de una escena de celos. Macumer te ama demasiado para que pueda nunca reprimirte ni ofrecerte resistencia. Una sola de tus miradas, una sola palabra tuya lisongera, hace desaparecer el más intenso de sus deseos. Tarde ó temprano, le despreciarás porque te ama demasiado. ¡Ay de mí! te mima con exceso, como yo te mimaba cuando estábamos en el convento, porque eres una de las mujeres más seductoras y una de las gracias más encantadoras que nadie pueda imaginar. Eres veraz ante todo, y muchas veces, para nuestra propia dicha, exige el mundo mentiras que tú no serás capaz de decir nunca. El mundo exige, por ejemplo, que una mujer no deje nunca ver el imperio que ejerce sobre su marido. Socialmente hablando, un marido no debe nunca parecer el amante de su mujer cuando la ama como amante, del mismo modo que la esposa no debe desempeñar nunca el papel de querida. Ahora bien: ambos faltáis á esta ley. En primer lugar, hija mía, lo que el mundo perdona menos, juzgándole por lo que tú me has dicho, es la felicidad, la cual debe ocultarse; pero esto no es nada. Existe entre amantes una igualdad que, á mi

modo de ver, no puede aparecer nunca entre una mujer y un marido, so pena de un completo trastorno social y de irreparables desgracias. Un hombre nulo es una cosa que asusta, pero asusta aun mucho más un hombre anulado. Llegará día en que habrás reducido á Macumer á no ser más que la sombra de un hombre: carecerá de voluntad, y no será el mismo que es, si no una cosa modelada á tu gusto; te lo habrás asimilado tan bien, que en lugar de ser dos seres, no habrá más que uno en vuestro hogar, y ese será necesariamente incompleto; tú sufrirás las consecuencias de esto, y el mal no tendrá remedio cuando quieras abrir los ojos. Nosotras nos esforzaremos siempre en vano, porque nuestro sexo no estará dotado nunca de las cualidades que distinguen al hombre, cualidades que son, no digo ya necesarias, sino indispensables para la familia. En este momento, á pesar de su ceguera, Macumer entrevé este porvenir y se siente achicado por su amor. Su viaje á Cerdeña me prueba que va á intentar reponerse por medio de esa separación momentánea. Tú no titubeas en ejercer el poder que te procura el amor. Tu autoridad se ve en un gesto, en la mirada, en el acento. ¡Oh, querida mía! como te decía tu madre, eres una loca cortesana. Creo haberte probado palpablemente el influjo y superioridad que ejerzo sobre Luis; pero ¿me has visto nunca contradecirle? ¿no soy siempre en público la mujer que le respeta como cabeza de familia? ¡Hipocresía! me dirás. En primer lugar, cuando creo conveniente darle un consejo ó comunicarle mis opiniones ó mis ideas, lo hago siempre en la sombra y el silencio de nuestro dormitorio, y hasta en este sitio puedo jurarte, ángel mío, que nunca le hago ver mi superioridad. Si secreta y ostensiblemente no fuese siempre su mujer, él no creería en sí mismo. Querida mía, la perfecta caridad consiste en ocultarse tan bien, que el socorrido no se crea inferior á aquel que le socorre, y ten en cuenta que esta ignorada abnegación lleva consigo infinitos goces. Sabe, pues, que mi gloria ha estribado en engañarte á ti misma, hasta el punto que me hayas felicitado por mi boda con Luis. La prosperidad, la dicha y la esperanza le han hecho recuperar en dos años lo que la desgracia, las miserias, el abandono y la duda le habían hecho perder. Por lo que yo he observado, creo que en este momento amas á Felipe por ti y no por él. Hay algo de verdad en lo que te dijo tu padre: tu egotismo de gran señora se oculta únicamente bajo las flores de la primavera de tu amor. ¡Ah,

hija mía! mucho es preciso quererte para decirte tan crueles verdades. Con la condición de que no has de decir nunca nada de ello al barón, voy á contarte el final de una de nuestras entrevistas. Habíamos cantado alabanzas en honor tuyo en todos los tonos, pues él ha visto perfectamente que te amo como si fueses mi hermana, y, después de haberle llevado, sin que él se diera cuenta, al terreno de las confidencias, le dije:

—Luisa no ha luchado aun con la vida, ha sido tratada siempre como niña mimada por la suerte, y acaso sería desgraciada si usted no supiese ser para ella amante y padre á la vez.

—¿Es que puedo, por ventura?—dijo.

Y se detuvo de pronto, como hombre que ve el precipicio adonde va á rodar. Esta exclamación me bastó. Si no te hubieses marchado, hubiera dicho algo más algunos días después.

Ángel mío, cuando ese hombre esté sin fuerzas, cuando esté saciado de placer, cuando se vea, no digo envilecido, pero sí sin dignidad ante ti, los reproches que le hará su conciencia le producirán una especie de remordimiento, ofensivo para ti, por lo mismo que tú te considerarás culpable. En una palabra, que acabarás por despreciar á aquél á quien no estás acostumbrada á respetar. Piénsalo bien: el desprecio en la mujer es la primera forma que toma el odio. Como tú eres noble de corazón, recordarás siempre los sacrificios que Felipe ha hecho por ti, pero ya no podrá hacer ninguno más, después de haberse servido, por decirlo así, á sí mismo, en el primer festín, ¡y desgraciado el hombre ó la mujer que no dejan nada que desear! Todo está dicho. Para vergüenza ó para gloria nuestra, no sabemos explicarnos el por qué de esta anomalía; pero es lo cierto que sólo somos exigentes con el hombre que nos ama.

¡Oh, Luisa! cambia, que aun es tiempo. Portándote con Macumer como yo me porto con la Estorade, puedes aun hacer surgir el león escondido dentro de ese hombre verdaderamente superior. Cualquiera diría que quieres vengarte de su superioridad. ¿No estarás orgullosa de ejercer tu poder en cosa distinta que en provecho tuyo, y de haber hecho un hombre de genio de un gran hombre, como yo hago un hombre superior de un hombre ordinario?

Aunque hubieses permanecido á mi lado, no por eso hubiera dejado de escribirte esta carta, pues hubiese temido tu petulancia y tu talento en una conversacion, mientras que sé que leyendo estas cuatro letras reflexionarás sobre tu porvenir.

Alma mía, tienes todo lo necesario para ser feliz; no atentes, pues, á tu dicha y vuélvete en el mes de noviembre á París. Los cuidados y mareos del mundo que yo echo de menos, son diversiones necesarias para vuestra existencia, que es sin duda demasiado íntima. Una mujer casada debe tener su coquetería. La madre de familia que no deja desear su presencia en el seno del hogar, se arriesga á saciar á su marido. Si llego á tener varios hijos, cosa que deseo para mi dicha, te juro que, tan pronto como lleguen á cierta edad, me reservaré varias horas, durante las cuales estaré sola, porque entiendo que es preciso hacerse desear de todo el mundo, hasta de los hijos. Adiós, querida celosa. ¿Sabes que una mujer vulgar se sentiría halagada y orgullosa de haberte causado celos? Pero ¡ay de mí! yo no puedo menos de afligirme, porque sólo soy madre y sincera amiga. Mil afectos. Haz todo lo que quieras para excusar tu marcha: si tú no estás segura de Felipe, yo lo estoy de Luis.

XXXVII

La baronesa de Macumer á la vizcondesa de la Estorade

Génova.

Hermosa mía: He tenido el capricho de ver Italia y estoy encantada de haberlo conseguido de Macumer, cuyos proyectos respecto á Cerdeña se han aplazado.

Este país me encanta y me maravilla. Aquí, las iglesias, y sobre todo las capillas, tienen un aire enamorado y coquetón que debe dar deseos á un protestante de hacerse católico. Han obsequiado mucho á Macumer, y han celebrado la adquisición de semejante conciudadano. Si yo lo desease, Felipe obtendría la embajada de Cerdeña en París. La corte es encantadora para mí. Si me escribes, dirígeme tus cartas á Florencia. Aun no tengo tiempo para escribirte despacio, y ya te contaré mi viaje cuando vayas por primera vez á París. No estaremos aquí más que una semana. De aquí iremos á Florencia por Liorna, y permaneceremos un mes en Toscana y otro en Nápoles, á fin de estar en Roma en noviembre. Volveremos por

Venecia, donde permaneceremos la primera quincena de diciembre, y, pasando por Milán y Turín, llegaremos á París en el mes de enero. Viajamos como amantes: la novedad de los lugares renueva nuestra luna de miel. Macumer no conocía Italia y debutamos con este magnífico camino de la Corniche que parece construído por las hadas. Adiós, querida. No tomes á mal que no te escriba más extensamente; viajando me es imposible disponer de un momento, y no me queda tiempo más que para ver, sentir y saborear mis impresiones. Para hablarte de ellas, esperaré á que hayan pasado á la categoría de recuerdos.

XXXVIII

La vizcondesa de la Estorade á la baronesa de Macumer

Septiembre.

Querida mía: Hay para ti en Chantepleurs una contestación bastante larga á la carta que me escribiste desde Marsella. Ese viaje hecho como si fueseis novios está tan lejos de disminuir los temores que te comunico en dicha respuesta, que te ruego escribas á Nivernais para que te la remitan.

Según se dice, el ministerio resolvió disolver las cortes. Si esto es una desgracia para la corona, que debía emplear la última sesión de esta legislatura adicta en dictar las leyes necesarias para la consolidación del poder, lo es también para nosotros, porque Luis no cumple los cuarenta años hasta fines de 1827. Por fortuna mi padre, que consiente en presentarse diputado, presentará la dimisión en favor de él en tiempo oportuno.

Tu ahijado ha dado los primeros pasos sin su madrina; por otra parte, está encantador, y empieza á hacerme esos graciosos gestos que me demuestran que no es solamente un órgano que mama, una vida brutal, sino también un alma: sus sonrisas están llenas de pensamientos. Estoy tan favorecida con mi oficio de nodriza, que destetaré á Armando en diciembre. Un año de leche basta. Los niños que maman demasiado se hacen estúpidos. Opino en esto en armonía con el popular refrán.

Hermosa rubia, supongo que habrás tenido un éxito atroz en Italia. Mil afectos.

XXXIX

La baronesa de Macumer á la vizcondesa de la Estorade

Roma, diciembre.

Obra en mi poder tu infame carta, la cual, á instancias mías, me fué aquí remitida por mi administrador de Chantepleurs. ¡Oh, Renato!... Pero no quiero que oigas lo que mi indignación pudiera sugerirme. Quiero únicamente contarte los efectos que me produjo tu carta. Al volver de la encantadora fiesta que nos dió el embajador, donde brillé en todo mi esplendor, y de donde Macumer volvió entusiasmado de tal modo conmigo que me sería imposible describírtelo, le leí tu horrible respuesta, y, á riesgo de parecerle fea, se la leí llorando. Mi querido abencerraje cayó á mis pies tratándote de extravagante. Me llevó al balcón del palacio que ocupamos, desde el cual se ve una parte de Roma, y allí su lenguaje fué digno de la escena que contemplábamos, pues hacía una hermosa noche de luna. Como sabemos ya el italiano, su amor, expresado en este idioma tan dulce y tan favorable á la pasión, me pareció sublime. Me dijo que, aun cuando fueses profeta, preferiría una noche feliz ó una de nuestras deliciosas mañanas á toda una vida, y que, contando de este modo, había vivido ya más de mil años. Quería que siguiese siendo su dueña, y no deseaba más título que el de amante. Está tan orgulloso y se considera tan feliz al ver que es el preferido, que, si Dios se le apareciese y le diese á escoger entre vivir aún treinta años según tu doctrina y tener cinco hijos, ó no tener más que cinco años de vida durante los cuales continuasen nuestros caros y florecientes amores, su elección no sería dudosa: preferiría ser amado como le amo y morir. Estas protestas, dichas á mi oído con la cabeza apoyada en mi hombro y su brazo rodeando mi talle, fueron turbadas en este momento por el grito de un murciélago sorprendido por alguna lechuza. Este grito de muerte me causó tan cruel impresión, que Felipe me llevó á mi cama medio desmayada. Pero tranquilízate; aunque este horóscopo

haya resonado en mi alma, ahora me encuentro bien. Al levantarme, me arrodillé delante de Felipe, y, con los ojos fijos en los suyos y sus manos entre las mías, le dije:

—Ángel mío, yo soy una niña, y Renato podría tener razón: acaso sea únicamente el amor lo que amo en ti, pero, al menos, sabe que ningún otro sentimiento ocupa mi corazón, y que, por lo tanto, te amo á mi manera. En fin, si en mis modales, si en los menores actos de mi vida y de mi alma hubiese cualquier cosa contraria á lo que tú quisieras ó esperases de mí ¡dímelo! ¡dámelo á conocer! que yo tendré mucho gusto en no guiarme por más luz que la de tus ojos. Renato me asusta: ¡me ama tanto!

Macumer, llorando á mares, no tuvo voz para responderme. Ahora, Renato mía, te doy las gracias, pues tú has sido causa de que yo sepa lo mucho que me ama mi hermoso y regio Macumer. Roma es la ciudad donde se ama. Cuando se tiene una pasión, es preciso venir aquí para gozar de ella, pues aquí Dios y las artes se convierten en cómplices. En Venecia, encontraremos al duque y á la duquesa de Soria. Si me escribes, dirige las cartas á París, porque saldremos de Roma dentro de tres días. La fiesta del embajador era una despedida.

P. D.—Querida tonta: Tu carta muestra á las claras que no comprendes el amor más que idealmente. Sabe, pues, que el amor es un principio cuyos efectos son tan diferentes, que ninguna teoría puede abarcarlos ni regirlos. Esto va dirigido á mi pequeño doctor con faldas.

XL

La condesa de la Estorade á la baronesa de Macumer

Bueno, 1827.

Mi padre ha sido nombrado diputado, mi suegro ha muerto y yo estoy á punto de dar á luz otra vez. Tales son los acontecimientos más notables del fin del último año. Te los digo en seguida para que la impresión que te ha de causar mi luto se disipe en el acto.

Nena mía, tu carta de Roma me ha hecho temblar. Sois dos chiquillos. Ó Felipe es un diplomático que ha disimulado ó un hombre que te ama como podría amar á una cortesana, á la que le entregase su fortuna al mismo tiempo que supiese que le era infiel. Y con esto basta. Me tomáis por una extravagante y, por lo tanto, me callaré. Pero déjame que te diga que, estudiando nuestros dos destinos, he deducido un cruel principio: el que quiera ser amado que no ame.

Al ser Luis nombrado miembro del consejo general, querida mía, obtuvo la cruz de la Legión de Honor. Ahora bien, como va á hacer pronto tres años que forma parte del consejo, y como mi padre, á quien sin duda verás en París durante las sesiones, ha pedido para su yerno el grado de oficial, hazme el favor de tomarte la molestia que este nombramiento supone, y de procurar que se consiga. Ante todo, no te intereses por los asuntos de mi honrado padre, el conde de Maucombe, que quiere obtener el título de marqués, y reserva tus favores para mí. Cuando Luis sea diputado, es decir, el invierno próximo, iremos á París y removeremos cielo y tierra para colocarle en una dirección general, á fin de que podamos economizar todas nuestras rentas viviendo con el sueldo de una colocación. Mi padre milita entre el centro y la derecha, y no pide más que un título; nuestra familia era ya célebre bajo el rey Renato, y creo que el rey Carlos no negará un favor á un Maucombe; pero temo que á mi padre le dé el capricho de pedir algún favor para mi hermano el menor, y, costándole algún trabajo conseguir el marquesado, no podrá pensar más que en sí.

15 de enero.

¡Ah! Luisa, salgo del infierno. Si tengo valor para hablarte de mis sufrimientos, es porque me pareces otra yo misma. Aun no sé si podré dejar á mi pensamiento que recuerde aquellos cinco fatales días. La palabra convulsiones me causa un estremecimiento en el alma. No son cinco días los que acaban de pasar, sino cinco siglos de dolores. Mientras que una madre no haya sufrido este martirio, ignorará lo que quiere decir la palabra sufrimiento. Juzga mi sinrazón cuando te consideré feliz porque no tenías hijos.

La víspera del día terrible, el tiempo, que había estado pesado y casi caluroso, me pareció que había incomodado á mi pequeño Armando. Él, tan amable y tan cariñoso de ordina-

rio, estaba de mal humor, gritaba por cualquier cosa, quería jugar y rompía los juguetes. Sin duda todas las enfermedades se anuncian en los niños con cambios de humor. Atenta á esta singular maldad, observaba en Armando manchas rojas y pálidas, que yo atribuía á la salida de cuatro dientes que brotan á la vez. Así es que lo acosté á mi lado, despertándome á cada momento para observarle. Por la noche, tuvo un poco de fiebre, que no me inquietó gran cosa, porque la seguía atribuyendo á la salida de los dientes. Por la mañana dijo «¡mamá!», pidiéndome de beber con un gesto, con una voz y con un movimiento convulsivo que me helaron la sangre en las venas. Salté de la cama para darle agua con azúcar. Juzga de mi espanto cuando, al presentarle la taza, vi que no se movía; repetía solamente «¡mamá!» con aquella voz que ya no era la suya. Le tomé la mano, pero ésta ya no obedecía, estaba rígida. Le puse entonces la taza en los labios, y el pobrecito bebió tres ó cuatro sorbos, que hicieron un ruido singular en su garganta. Por fin se cogió desesperadamente á mí y vi que sus ojos, movidos por una fuerza interior, se ponían blancos, y que sus miembros perdían por completo la flexibilidad. Empecé á gritar desafortadamente. Luis vino.

—¡Un médico! ¡un médico! ¡que se muere!—grité.

Luis desapareció, y mi pobre Armando dijo aun «¡mamá! ¡mamá!», cogiéndose á mí. Aquel fué el último momento en que supo que tenía una madre. Las lindas venas de su frente se inyectaron en sangre y empezaron las convulsiones. Una hora antes de la llegada de los médicos, aquel niño tan vivaracho, tan blanco y rosáceo, aquella flor que constituía mi orgullo y mi alegría, estaba rígida como un pedazo de madera; y ¡qué ojos! tiemblo al recordarlos. Negro, crispado, encogido, mudo, mi lindo Armando era una momia. Dos médicos traídos de Marsella por Luis, permanecían allí plantados sobre sus piernas como pájaros de mal agüero, y me hacían temblar. El uno hablaba de fiebre cerebral y el otro veía convulsiones como las que acostumbran á tener los niños. El médico de la comarca me pareció el más prudente, porque no prescribía nada.

—Son los dientes—decía uno.

—Es una fiebre—decía otro.

Por fin convinieron en ponerle sanguijuelas en el cuello y hielo en la cabeza. Yo me sentía morir. Estar allí y ver un cadáver azul ó negro, sin gritar, sin moverse, en lugar de una

criatura tan revoltosa y vivaracha. Hubo un momento en que perdí la razón y en que tuve una especie de risa nerviosa al ver aquel bonito cuello, que tanto había besado, mordido por sanguijuelas, y aquella encantadora cabeza bajo un casquete de hielo. Querida mía, para poder colocarle el hielo, fué preciso cortarle aquella bonita cabellera que tanto admirábamos y que tú acariciabas. De diez en diez minutos, como en mis dolores de parto, volvían las convulsiones, y el pobre niño se retorció y se ponía tan pronto pálido como violáceo. Al encontrarse, sus flexibles miembros producían un sonido como si fuesen de madera. Aquella criatura insensible me había sonreído, me había hablado, me había llamado poco antes *mamá*. Estas ideas me causaban dolores que me atravesaban el alma, agitándola como agitan el mar los huracanes, y entonces comprendí la infinidad de lazos por qué están unidos los hijos á nuestro corazón. Mi madre, que acaso me hubiera ayudado, consolado ó aconsejado, está en París. Creo que las madres entienden más de convulsiones que los médicos. Después de cuatro días y de cuatro noches pasadas en alternativas y temores que casi me mataron, los médicos decidieron aplicarle una espantosa pomada para producirle llagas. ¡Oh! llagas á mi Armando, que jugaba cinco días antes, que sonreía y que intentaba decir: «¡Madrina!» Me negué á ello, queriendo confiarle á la naturaleza. Luis me reñía porque creía en los médicos. Un hombre es siempre un hombre. Pero hay en estas terribles enfermedades instantes en que toman la forma de la muerte, y, durante uno de estos instantes, aquel remedio, que yo abominaba, me pareció ser la salvación de Armando. Luisa mía, estaba la piel tan seca, tan ruda, tan árida, que el ungüento no se agarraba. Entonces me tumbé encima de la cama y lloré tanto, que la almohada quedó empapada en lágrimas. Los médicos estaban comiendo. Al verme sola, desembaracé á mi hijo de todos los tópicos de la medicina, lo tomé, casi loca, entre mis brazos, lo estreché contra mi pecho y apoyé mi frente en su frente, rogando á Dios que le diese mi vida y procurando yo al mismo tiempo comunicársela. Lo tuve así algunos instantes, deseando morir con él para no verme separada de mi hijo ni en vida ni en muerte. Querida mía, sentí que sus miembros se ponían flexibles, las convulsiones cedieron, mi hijo se movió, y los siniestros y horribles colores desaparecieron. Grité como cuando el niño cayó enfermo, los médicos subieron y les hice ver á Armando.

—¡Está salvado!—exclamó el médico de más edad.
 ¡Oh! ¡qué palabra! ¡qué música! ¡los cielos se abrían para mí! En efecto, dos horas después, Armando renacía; pero yo estaba anonadada y, para evitarme una enfermedad, me fué preciso el bálsamo de la alegría. ¡Oh, Dios mío! ¡con qué dolores uní el hijo á su madre! ¡qué clavos hundís en su corazón para que nunca se caigan! ¿No era yo aún bastante madre, yo, que lloré de placer al oír los primeros gemidos y las primeras frases de este hijo, yo, que lo estudio horas enteras para llenar bien mis deberes é instruirme en el grato oficio de madre? ¿Era necesario causar esos terrores y ofrecer esas espantosas imágenes á la que hace de su hijo un ídolo? En el momento en que te escribo, nuestro Armando juega, grita y ríe. Pensando en que estoy embarazada, procuro buscar las causas de esta horrible enfermedad de los niños. ¿Es la dentición? ¿es un trabajo particular que se lleva á cabo en el cerebro? ¿Tienen acaso alguna imperfección en el sistema nervioso los niños que sufren estas convulsiones? Todas estas ideas me inquietan tanto por el presente como por el porvenir. Nuestro médico las atribuye á una excitación nerviosa causada por los dientes. Daría yo todos los míos porque nuestro pequeño Armando los hubiese ya echado todos. Ahora, cuando apunta una de esas perlas blancas en medio de su inflamada encía, me dan sudores fríos. El heroísmo con que este ángel querido sufre, me indica que tendrá mi carácter. El pobre me dirige miradas que me traspasan el corazón. La medicina no sabe las causas de esa especie de tétanos que acaba tan rápidamente como empieza y que no se puede prevenir ni curar. Te repito que una cosa es indudable: que el infierno, para una madre, es ver al hijo con convulsiones. ¡Con qué rabia le beso! ¡Oh! ¡cuánto tiempo lo tengo en mis brazos y lo paseo! Haber sufrido este dolor, cuando tengo que dar á luz de nuevo dentro de seis semanas, era una horrible agravación del martirio, pues ya empiezo á temer por el que aun no existe. Adiós, mi querida y amada Luisa; mi último consejo es que no desees tener hijos.

XLI

La baronesa de Macumer á la condesa de la Estorade

París.

¡Pobre ángel mío! Macumer y yo te hemos perdonado tus *maldades*, al saber lo mucho que has sufrido. Leyendo los últimos detalles de tu doble tortura, temblé, y ya no siento tanto el no ser madre. Me apresuro á anunciarte el nombramiento de Luis, que puede llevar ya la roseta de oficial. Deseabas una hija y acaso te la dé el cielo, feliz Renato. El casamiento de mi hermano y de la señorita de Mortsauf se celebró á nuestra llegada. Nuestro encantador rey, cuya bondad es verdaderamente admirable, dió á mi hermano el derecho de sucesión al cargo de primer hidalgo de la cámara con que está revestido su suegro.

—El cargo debe ir con los títulos—dijo al duque de Lenoncourt-Givry.

Quiso únicamente que el escudo de los Mortsauf fuese adosado al de Lenoncourt.

Mi padre tenía cien veces razón. Sin mi fortuna, nada de esto hubiera ocurrido. Mi padre y mi madre han venido de Madrid para asistir á la boda, y se vuelven después de la fiesta que doy mañana á los recién casados. El duque y la duquesa de Soria están en París, y su presencia me inquieta un poco. A decir verdad, María Heredia es una de las mujeres más hermosas de Europa, y no me gusta la manera como la mira Felipe. Por esta razón, he redoblado mi amor y mi ternura. «Ella no te hubiese amado nunca de ese modo», es una frase que me guardo bien de decir, pero que está escrita en mis miradas y en todos mis movimientos. Dios sólo sabe lo elegante y coqueta que estoy. Ayer me decía la duquesa de Maufigneuse:

—Querida mía, no hay más remedio que rendir armas ante usted.

Divierto tanto á Felipe, que debe encontrar á su cuñada tan bestia como una vaca española. Siento tanto menos no haber

tenido un pequeño abencerraje, por cuanto que la duquesa va á dar á luz en París y se va á poner fea; si tiene un niño, se llamará Felipe en honor al desterrado. Una maliciosa casualidad contribuirá á que vuelva á ser madrina. Adiós, querida. Este año iré muy pronto á Chantepleurs, pues nuestro viaje costó exorbitantes sumas. Partiremos á fines de marzo, á fin de ir á vivir á Nivernais con economía. Por otra parte, París empieza á aburrirme. Felipe suspira tanto como yo por la hermosa soledad de nuestro parque, por nuestras deliciosas praderas y por nuestro Loira, al que ningún río se semeja. Chantepleurs me parecerá encantador después de las pompas y vanidades de Italia, porque, después de todo, la magnificencia aburre, y la mirada de un amante es más hermosa que un *caño d'opera* y que un *bel quadro*. Te esperamos allí, y te prometo no celarme más de ti. Podrás sondar á tu gusto el corazón de mi Macumer, sorprender sus secretos y llenarle de escrúpulos, pues yo te lo entrego con completa confianza. A raíz de la escena de Roma, Felipe me ama aun más; ayer me dijo que su cuñada, la María de su juventud, su antigua desposada, la princesa de Heredia, su primer sueño, era estúpida. ¡Oh! querida mía, soy peor que una bailarina de la Ópera, pues esta injuria me causó alegría. He hecho notar á Felipe que ella no hablaba correctamente el francés: pronuncia *esemple* por *exemple*, *sain* por *cing*, *cheu* por *je*; en una palabra, que es guapa, pero que no tiene gracia ni vivacidad alguna de espíritu. Si le echan alguna flor, mira como aquella que no está acostumbrada á recibirla. Dado el carácter que él tiene, se hubiera separado de María á los dos meses de casado. El duque de Soria, don Fernando, hace buena pareja con ella; es generoso, pero se ve que es un niño mimado. Podría ser mala y hacerte reír; mas prefiero decir la verdad. Mil afectos, ángel mío.

XLII

Renato á Luisa

Mi hija tiene dos meses; mi madre ha sido la madrina, y un anciano tío segundo de Luis el padrino de esta pequeña, que se llama Juana Athenais.

Ya que no os asusta una nodriza, tan pronto como pueda iré á veros á Chantepleurs. Tu ahijado dice tu nombre y lo pronuncia *Matumer*, porque no puede decir las *ces* de otra manera. Ya verás como te gusta, tiene ya todos los dientes, come carne como un hombre, y corre y trota como un ratón; pero yo sigo observándole siempre con inquietud, y me desespera el no poder tenerle á mi lado durante mis partos, que exigen más de cuarenta días de encerrona, á causa de algunas precauciones exigidas por los médicos. Hija mía, nunca puede una acostumbrarse á parir. Vuelven á sentirse siempre los mismos dolores y las mismas aprehensiones. Sin embargo (no enseñes esta carta á Felipe), creo que tomé alguna parte en la concepción de esta niña, la cual hará sin duda alguna sombra á tu Armando.

Mi padre encontró á Felipe más delgado, y á mi querida nena un poco más delgada también. Sin embargo, veo que el duque y la duquesa de Soria se han marchado ya, y que, por lo tanto, no hay motivo alguno de celos. ¿Me ocultarás algún pesar? Tu carta no era tan larga ni estaba tan afectuosamente pensada como las demás. ¿Depende esto únicamente de un capricho de mi querida caprichosa?

Basta ya por hoy, pues mi enfermera me riñe porque te he escrito, y la señorita Athenais de la Estorade quiere comer. Adiós, y escíbeme cartas muy largas.

XLIII

La señora de Macumer á la señora de la Estorade

Mi querida Renato: Por primera vez en mi vida lloré sola bajo un sauce, sentada en un banco de madera, á la orilla de mi largo estanque de Chantepleurs, deliciosa vista que tú vas á venir á embellecer, porque sólo faltan aquí alegres muchachos. Tu fecundidad me ha hecho pensar en mí, que no tengo hijos después de tres años de matrimonio.

—¡Ah!—pensaba yo—aunque tuviera que sufrir cien veces más de lo que sufrió Renato al dar á luz á mi ahijado, aunque tenga que ver á mi hijo con convulsiones, haced, Dios mío, que tenga yo una angelical criatura como esa pequeña Athenais que yo veo desde aquí tan hermosa como el día.

Porque, aunque tú no me has dicho nada, he reconocido en esa niña á mi Renato. Parece que adivinas mis sufrimientos. Cada vez que mis esperanzas se ven frustradas, soy, durante unos cuantos días, presa de negro pesar. Entonces hago sombrías elegías. ¿Cuándo bordaré yo las gorritas? ¿cuándo escogeré la tela para la canastilla? ¿cuándo coseré bonitos encajes para envolver una cabecita? ¿No oiré nunca á una criatura llamarme «¡mamá!», tirarme de las faldas y tiranizarme? ¿No veré nunca en la arena las huellas de un cochecito? ¿No amontonaré los juguetes rotos en el patio? ¿No tendré nunca la dicha de ir, como tantas otras madres, á casa de los que venden juguetes á comprar sables, muñecas y juegos de cocina? ¿No lograré nunca ver que da de sí algo esta vida, proporcionándome un ángel que será otro Felipe más amado? Quisiera un hijo para saber cómo se puede amar al amante en otro ser, más de lo que se le ama en sí mismo. Mi parque, el palacio, me parecen desiertos, sombríos. Una mujer sin hijos es una monstruosidad. Nosotras hemos sido hechas para ser madres. ¡Oh, doctorcito con faldas! ¡qué bien has conocido la vida! Por otra parte, la esterilidad es horrible en todo. Mi vida se parece bastante á los rediles de Gessner y de Florián, de los cuales decía Rivarol que estaban pidiendo lobos. Yo también quiero ser sacrificada. Siento en mí fuerzas que Felipe abandona, y, si no soy madre, será preciso que me forje alguna desgracia. Esto es lo que acabo de decir á este resto de moro, el cual lloró al oír mis palabras, pues tratándose de su amor no admite bromas.

Hay momentos en que me dan ganas de hacer novenas y de ir á pedir fecundidad á ciertas vírgenes ó á ciertas aguas. El invierno próximo consultaré á algunos médicos. Estoy demasiado furiosa contra mí misma para decirte hoy nada más. Adiós.

XLIV

La misma á la misma

París, 1829.

¡Cómo! querida mía ¿un año sin carta? Estoy un poco enfadada contigo. ¿Crees que tu Luis, que ha venido á verme casi

todos los días, puede reemplazarte? No me basta saber que no estás enferma y que vuestros asuntos van bien: quiero tus sentimientos y tus ideas, como yo te entrego los míos, á riesgo de ser reñida, vituperada ó desconocida, porque te amo. Tu silencio y tu retiro, cuando podrías gozar aquí de los triunfos parlamentarios del conde de la Estorade, cuya charla y abnegación le han hecho influyente hasta el punto que creo ha de ocupar un elevado puesto después de terminadas las sesiones, me causan graves inquietudes, ¿Pasas acaso la vida dándole instrucciones? Numa no estaba tan lejos de su Egeria. ¿Por qué no has aprovechado esta ocasión para ver París? Si lo hubieses hecho, haría ya cuatro meses que yo gozaría de tu presencia. Luis me dijo ayer que vendrías á buscarle y á dar á luz tu tercer hijo en París, ¡sombrosa coneja! porque eres una coneja.

Después de otros muchos asuntos y de muchas quejas y lamentos, Luis, aunque diplomático, acabó por decirme que su tío, el padrino de Athenais, estaba muy mal. Como buena madre de familia, te supongo capaz de sacar partido de la gloria y de los discursos del diputado para obtener una herencia ventajosa del último pariente materno de tu marido. Puedes estar tranquila, querida mía, pues los Lenoncourt, los Chaulieu y el salón de la señora de Macumer trabajan por Luis. Martignac le colocará, sin duda, en el tribunal de cuentas. Pero si no me dices por qué permaneces en provincias, me enfado contigo. ¿Lo haces acaso para que no se sospeche que eres tú toda la política de la casa de la Estorade? ¿Lo haces por la herencia del tío? ¿Temes, por ventura, ser menos madre en París? ¡Ah! coquetuela, cuánto me gustaría saber que te mantienes retirada por no presentarte en ese estado por la primera vez.

XLV

Renato á Luisa

Te quejas de mi silencio; ¿olvidas acaso á estas dos cabecitas negras que yo gobierno y que me gobiernan? Por otra parte, has adivinado algunas de las razones que me movieron á quedarme aquí. A más del estado de nuestro precioso tío, no quise

llevar á París á un niño de unos cuatro años y á una niña de tres, estando yo de nuevo en estado interesante. No quise tampoco embarazar tu vida y tu casa con semejante familia, ni aparecer tan desmejorada en el brillante mundo donde tú reinas. El tío de Luis, al saber el nombramiento de su sobrino, me ha hecho donación de la mitad de sus economías, doscientos mil francos, para comprar una casa en París, y Luis tiene ya el encargo de buscarla en tu barrio. Mi madre me da treinta mil francos para los muebles. Cuando vaya á establecerme á París, durante las sesiones, iré á parar á mi casa, y procuraré ser digna de mi hermana de elección, y entiendo que esto último no es broma. Te doy mil gracias por haber proporcionado á Luis tan buenas relaciones; pero, á pesar de la estimación en que lo tienen los señores de Bourmont y de Polignac, que desean atraérselo á su ministerio, yo no le aconsejo que lo haga, porque equivale eso á adquirir demasiados compromisos. Prefiero el tribunal de cuentas á causa de su inamovilidad. Nuestros asuntos quedarán aquí en muy buenas manos, y una vez que nuestro administrador esté bien al tanto de todo, no tengas cuidado, que yo iré á secundar á Luis.

En cuanto á lo de escribirte ahora largas cartas ¿es que acaso puedo? Esta, en la que quisiera describirte á grandes rasgos mi vida ordinaria, permanecerá ocho días sobre la mesa. Acaso le dé la gana á Armando de hacer con ella figuritas de papel para sus regimientos alineados sobre la alfombra, ó barcos que flotarán sobre el agua que sirve para bañarle. Por lo demás, con hacerte la descripción de un día, bastará para que los conozcas todos, pues todos son iguales y se reducen á lo siguiente: los niños sufren ó los niños no sufren. En esta bastida solitaria, son para mí los minutos horas y las horas minutos, según el estado de los niños. Si paso algunos ratos deliciosos, es durante su sueño, cuando no tengo que mecer á la una y contar historias al otro para que se duerman. Tan luego como los veo dormidos á mi lado, me digo: «Ya no he de tener temor alguno». En efecto, ángel mío, durante el día, desde que los niños están despiertos, todas las madres ven peligros en todas partes. Ó bien las navajas de afeitar que Armando ha cogido fraudulentamente para jugar, ó el fuego que prende en sus ropas, ó una avispa que puede picarle, ó una caída corriendo que puede hacerle un chichón en la cabeza, ó los estanques, donde puede ahogarse. Como ves, la materni-